

«Inteligibilidad y Sentido»

La Economía que se ha hecho hasta la década de los 80 es un ejemplo de labor intelectual moderna en la que hay una distinción tajante entre el teórico y el mundo (económico) a explicar y en donde el sentido del Mundo no está divorciado de la inteligibilidad de las cosas. En contraste con esto, la Economía que comenzó a ser elaborada en los 70 y ha copado la escena de los 80 podría ser considerada como una pieza intelectual típicamente posmoderna en la que el mundo y su analista se encuentran en el mismo plano y en donde todo se entiende aunque nada tiene sentido. Esta distinción permite estudiar al economista como ideólogo. El teórico de la economía ha pasado de ser un hijo ideológico de los tiempos modernos a constituirse en un padre intelectual de una incipiente ideología posmoderna que, en economía, oscila entre la torpeza del tecnócrata y el conformismo del investigador establecido. El artículo termina delineando el reto que se presenta a quien, convencido de que el nihilismo radical es inevitable y el sentido de las cosas inexistente, sabe que no hay más remedio que crear un sentido para seguir viviendo en medio de un Mundo denso en explicaciones.

Laurogeiko urteetara bitartean egin den Ekonomia, lan intelektual moderno baten, eredua dugu, non zerutik lurrerainoko bereizketa ematen den teoriaren eta esplikatu beharreko munduaren (ekonomikoaren) artean, eta non Munduaren zentzia ez dagoen gauzen ulergarritasunetik dibortziatuta. Eta horren alderantziz, 70eko urteetan elaboratzen hasi zen eta 80koetan eszenategi guztia bereganatu duen Ekonomia, jo daiteke pieza intelektual berariaz postmodernotzat, non mundua eta honen aztertzailea plano berean aurkitzen bait dira eta bertan oro ulertzen bait da nahiz eta ezerk ere ez duen zentzurik. Bereizketa honek ekonomilaria ideologo bezala estudiantzeko bidea ematen du. Ekonomiaren teorizatzailea denbora modernoan ume ideologiko bat izatetik, teknokrataren baldartasunaren eta ikerlari finaktuaren konformismoaren artean dabilen ideologia postmoderno hasberri baten guraso intelektual bihurtzera pasa da. Eta bukatzeko, nihilismo erradikala itzuriezinezkoa dela eta gauzek zentzurik ez dutela konbentziturik, esplikaziotan trinkoa den Mundu baten erdian bizitzen jarraitzeko zentzu bat sortu beste erremediorik ez dagoela dakienari aurkezten zaion erronka diseinatuz bukatzen du artikuluak.

The Economics developed before the 80s is an example of modern and intellectual work in which there exist a sharp clear cut between the theory and the (economic) world to be explained, and where the discernment of the world is not divorced from the intelligibility of the issues. In opposition to this, the Economics that started to develop in the 70s and that has monopolised the scenario of the 80s, could be considered as a typically intellectual posmodern piece where the world and its analyst are found in the same position and where everything is understood and nothing makes sense. This fact allows to study the economist as an ideologist. The theorist of the Economics has evolved from being an ideologist son of modern times to an intellectual father of an incipient posmodern ideology, fluctuating from the technocratic awkwardness to the conformity of the established researcher. This article ends out-lining the challenge faced by those who, convinced that radical nihilism is unavoidable and that things do not make any sense, know that there is not other medicine that the one generates certain sense of life in a world heavy in explanations.

1. El Mundo Moderno
2. El Mundo Posmoderno
3. Alternativas para la creación de Sentido 3.
Comentarios finales
Referencias Bibliográficas

Palabras clave: Teoría económica.

Nº de clasificación JEL: A11, A13.

Un acto como el presente exige el agradecimiento a quienes lo han hecho posible. En mi caso el agradecimiento es especial pues la invitación a dirigirme a Vds. llega en un momento importante para mí ya que, por primera vez en muchos años, no voy a formar parte —al menos este curso— del cuerpo docente de esta Facultad. Y este hecho, que bien mirado no debiera tener nada de extraordinario, tiñe, sin embargo, mi mirada de una nostalgia evocadora de hitos importantes para mi vida. Hace ya diez años y desde el antiguo Departamento de Teoría Económica traté de ejercer el Decanato en favor de una cierta concepción de lo que es la economía y, desde esa misma concepción, colaboré con otros colegas en la creación del Instituto de Economía Pública.

Cuando pienso en esos acontecimientos y en la concepción de la economía que los alentaba me doy cuenta de que mis últimos quince años han transcurrido a contracorriente y esto, sin que sea garantía de virtud alguna, proporciona una perspectiva especial que

quizá sirva para iluminar con una luz particular el transcurso de la economía en los últimos quince años.

Cuando en el curso 1972-73 puse por primera vez un pie en Sarriko me encontré con que la preocupación básica de muchos alumnos y no pocos profesores era cómo salvar al mundo y con que la exploración de las vías para lograrlo conducía siempre, o casi siempre, a la eliminación del mercado como forma de asignar recursos y de relacionar anónimamente a las personas. Cuando el curso pasado di mi última clase aquí, la preocupación fundamental

(*) Este trabajo es una versión «académica» de la lección inaugural del curso 89/90 en la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de la Universidad del País Vasco-E.H.U. He procurado mantener el tono propio de la ocasión, permitiéndome sólo alguna corrección estilística. Sin embargo, he complementado el texto con notas a pie de página que aclaran algunos puntos y con referencias bibliográficas que espero sean útiles para el lector. Parte del texto primitivo aparece, convenientemente adaptado, en la revista CLAVES de Razón Práctica.

de muchos profesores y alumnos era la de cómo hacerse rico utilizando precisamente el mercado, y no cualquiera, sino justamente ese mercado que siempre ha constituido el ejemplo favorito de los economistas: la Bolsa de Valores.

Hace quince años creí entender que parte de mi labor había de consistir en argumentar persuasivamente y a contrapelo que el mercado no era necesariamente perverso y que el trabajo de los economistas ortodoxos era una labor intelectual tan arraigada en una rica tradición, tan válida y tan interesante como la del pensador marxista, por aquel entonces ejemplo excluyente del intelectual. ¿Será posible que mis prédicas de antaño hayan sido causa —en cualquier caso parcial y no deseada— de la inane plutocracia actual y de la pobreza intelectual de los romos epígonos de cualquier buen economista? Espero que no ya que esto no reflejaría mi propia evolución. De hecho debo confesar que dos de las ideas que he intentado remachar los últimos años en el contexto del Programa de Doctorado son que la tendencia a extender el uso del mercado no es necesariamente buena y que hay piezas teóricas —como, por ejemplo, la literatura sobre «manchas solares» de la que hablaré más adelante— que deberían ser consideradas como espacios privilegiados de esa reflexión oblicua que se puede llamar filosofía.

Parece ser que la edad no ha domado del todo mis iras y que el reflejo de colocarme a la contra permanece vivo. Por eso, y porque creo que la economía está pero que muy viva, me inquieta leer opiniones como la del Profesor Aranguren, que justamente irritado por la trivialización actual, parece querer atribuirle al pensamiento económico en sí. En una entrevista reciente afirmaba que hoy «el ideólogo no es un intelectual o un filósofo, sino un economista» al que, por otro lado, no duda en calificar de «tecnócrata casada perfectamente con el poder en cualquier momento».

Ideología, intelectualidad, economía, poder, éstos son algunos de los términos que tiran de mi discurso de hoy: ¿es el economista —o algún tipo de economista— el ideólogo de hoy?, ¿cómo es —si es que existe— su casorio con el poder?, las respuestas a las anteriores preguntas ¿provienen de la propia

economía o está ella también presa de algo más profundo?, ¿qué implicaciones tiene esto para los programas de investigación o para la ordenación docente?

Al final de mi intervención quisiera tomar posición sobre estas cuestiones; pero sólo después de un largo rodeo intelectual. Un buen punto de partida para este largo rodeo anunciado es el reconocimiento de que el economista es un buen candidato a ideólogo porque, contrariamente a lo que en general se piensa, el economista es un miembro más, y hoy quizá privilegiado, de esta clase intelectual que no tiene por qué estar restringida a pensadores marxistas, literatos, poetas y filósofos. En efecto, el economista, como todo intelectual, produce elementos simbólicos que pasan a formar parte de la cultura que, como concepción del mundo, constituye el humus en el que las relaciones humanas se desarrollan significativamente y las cosas se hacen *inteligibles*. Pensemos en las simples ideas de oferta y demanda que como etiquetas simbólicas no sólo ordenan el pensamiento propiamente económico, sino que además traducidas en los términos lingüísticos de «vender» y «comprar», han impregnado hoy hasta el lenguaje vulgar con el que nos relacionamos en nuestra vida cotidiana.

Si bien la cultura permite que las cosas se entiendan no las dota necesariamente de sentido. Esta operación, dar *sentido* a las cosas, es más bien propia de la ideología que, mediante el uso de unos valores superiores a resguardo de cualquier labor crítica, estructura la cultura de manera jerárquica, destilando pautas de conducta. Aunque esta labor sacramental de dotar de sentido a las cosas ha sido tradicionalmente oficio de intelectuales y aunque quizá nadie clasificaría como tales a Debreu o Koopmans, hay que admitir que la idea de eficiencia económica a ellos debida parece tomar parte de la ideología prevalente en caso de que hubiera una (1).

Admitamos pues que el economista es un buen candidato a ideólogo; pero ¿es

(1) La idea de eficiencia utilizada por los economistas se remonta a Pareto; pero los dos autores citados le dieron su forma actual en el capítulo 5 de Debreu (1959) y en el ensayo 1 de Koopmans (1957).

de hecho el ideólogo del momento que, tal como afirma Aranguren, se ha puesto al servicio del poder? En los tiempos que corren esta pregunta parece no sólo interesante sino también relevante. Pero para contestarla hay que mirar no a la que hacen los administradores públicos —que quizá lo único que tienen de economista es un título— sino al quehacer intelectual de los economistas académicos que producen esos símbolos que generando cultura pueden ser utilizados para construir una ideología. Esta es hoy mi tarea en la que ahora entro sin más preámbulos.

1. EL MUNDO MODERNO

Uno de los objetivos de este trabajo es el de perfilar lo que entiendo por Economía Posmoderna y explorar sus implicaciones menos obvias especialmente en lo que respecta al divorcio entre Inteligibilidad y Sentido. Tanto más fácil será lograr este objetivo cuanto más firme sea el conocimiento de aquello de lo que la Economía Posmoderna se desvía: la Economía Moderna. Por lo tanto esta primera parte está dedicada a presentar lo que uno vislumbra cuando se acerca a la economía desde la sensibilidad moderna.

1.1. La Concepción Moderna del Mundo

Lo que se entiende por concepción moderno del mundo es esa manera de ver la realidad que intuida en el Renacimiento se impone con la Ilustración y está hoy en la base de los éxitos de la técnica moderna y en el origen de todo optimismo histórico. Lo característico de esta sensibilidad moderna es considerar al mundo como separado del yo que trata de entenderlo y como formado por todo lo que no es la conciencia subjetiva individual.

Para esta concepción moderna la *realidad* ya no es aquella entidad metafísica esencial del medioevo. Se trata ya de un ente real cuyo contenido, sin embargo, no puede ser aprehendido directa o intuitivamente sino solamente a través de la observación que, por otro lado, siempre estará mediada por los instrumentos necesarios para llevarla a cabo o por los prejuicios teóricos del observador.

Esta realidad fenomenológica es como una ventana abierta hacia la realidad objetiva subyacente y como tal cambia con las teorías que sobre ella se van elaborando y con la finura de los instrumentos con los que se trate de observar esa realidad subyacente.

Para la sensibilidad del sujeto moderno la realidad está *ahí fuera*, encelando al yo hacia su captación, ordenación y manipulación. Todo puede ser entendido y controlado; conocimiento y poder son inseparables. Se conoce para controlar y controlar es indispensable para no sucumbir ante la sordidez del entorno y para vivir en una realidad domesticada y amable (2). El instrumento tanto del conocimiento como del control es la *racionalidad* a veces utilizada directamente, a veces congelada en instrumentos varios. La noción moderna de racionalidad debe ser entendida aquí en términos de la Teoría de la Decisión. Es decir, como aquello que guía la toma de decisiones por parte del sujeto enfrentado con el mundo que está ahí fuera y que no juega con él al escondite ni a ningún otro juego estratégico. La racionalidad moderna es pues algo propio del sujeto.

Esta forma de mirar al yo (como sujeto decisorio) y al mundo (como realidad separada) se plasma ejemplarmente en el quehacer de la ciencia; pero está bien presente en todas esas manifestaciones culturales o artísticas del hombre que se califican de modernas. En la plástica se consolida la perspectiva como forma de ordenar por planos la importancia de las cosas, lo que acaba usándose con profusión por ejemplo en el cine, en donde el rostro humano ocupa a menudo un primer plano mientras que su entorno queda difuminado en un segundo plano. En narrativa el esquema básico de planteamiento, nudo y desenlace remeda en el mundo de la ficción el acontecer del pensamiento o del ser. En particular, la figura del narrador está en un plano tan distinto a lo narrado que, en general, no discute con sus personajes sobre el destino de ambos. Las aventuras filosóficas son muchas y variadas a lo largo de los siglos que el mundo moderno

(2) Estas ideas así como las del párrafo anterior son bien conocidas para los metodólogos y yo he tenido ocasión de jugar con ellas en Grafe y Urrutia (1983).

abarca; pero nunca se deja de hacer distinciones nítidas entre el ser y sus avatares y entre el yo y el mundo. El ser es aquello a lo que las cosas acontecen; el yo es aquello que entiende y controla. Este yo no tiene fisura alguna en su actividad calculística y se ve a sí mismo como algo bien definido que, al igual que las otras subjetividades, está desgajado y por encima del mundo. Notemos que el yo nunca entiende a sus congéneres como espejos en los que descubrir sus propias perversidades sino como parte de la naturaleza inerte a la que se enfrenta.

Esta cultura moderna será transformada en ideología, con sus formas de generar sentido y sus pautas de conducta, en cuanto añadamos uno u otro valor salvífico. Las únicas ideologías laicas que han sido y son verdaderamente universales son ideologías montadas sobre la cultura moderna y sostenidas por un valor superior consistente en alguna variedad interpretativa de la unanimidad. O bien ésta está constituida por el proletariado, o bien por una raza filosófica o por los amos de la técnica: el «burgués», «el meteco» o «el poeta» son otra cosa y no están llamados a constituir la unanimidad. Cualquiera que sean nuestros prejuicios o nuestros compromisos respecto a estas ideologías habremos de reconocer que tienen vocación universal y carga escatológica. El Hombre —con mayúsculas— es sinónimo del Proletario, del Ario o del Gran Ingeniero y es Él el que aplicando sistemáticamente la racionalidad va descubriendo la realidad del universo y perfilando un mundo en donde su destino se realiza.

1.2. La Economía Moderna

Quiero ahora mirar la economía ortodoxa que se ha hecho en las últimas tres décadas (y que es la que la mayoría de los economistas siguen hoy haciendo) para descubrir lo que tiene de sensibilidad moderna. Como esa economía reconoce explícitamente que trabaja en el contexto del paradigma de Arrow-Debreu (3) bastará pues con aplicar a éste nuestra mirada oblicua.

La idea de competencia (perfecta) que subyace al paradigma describe bien la concepción moderna del otro que ya he mencionado. Lo que él haga no depende de lo que yo haga y viceversa: lo que resulte será consecuencia de las acciones de todos y bien haré yo en tomarlo como dado. En este contexto la racionalidad que el paradigma postula del sujeto económico, que éste es un maximizador bajo restricciones presupuestarias y/o tecnológicas, corresponde a la noción moderna de la racionalidad: una forma inteligente de tomar decisiones. La interacción de las acciones en que se plasman las decisiones de los agentes económicos no para hasta que genera una asignación de recursos y un vector de precios que constituyen un equilibrio sin excesos de demanda para ningún bien.

Todo esto es bien conocido; pero para nuestra mirada oblicua importan algunas cosas. Primera, la existencia de un equilibrio hace *inteligible* el funcionamiento de una economía basada en la división del trabajo y orientada hacia el mercado a pesar de que cada agente sólo posea la información reflejada por los precios y no conozca nada acerca de su prójimo. Segunda, el hecho de que la asignación correspondiente a ese equilibrio sea paretianamente eficiente pudiera dotar de *sentido* a esa economía al menos en cuanto no hay asignación unánimemente preferida a la de equilibrio. Tercera, la *última ratio* de este posible sentido son los consumidores y, por tanto, aunque implique la eficiencia productiva, la noción de eficiencia paretiana no tiene nada de tecnológico. Cuarta, este posible sentido asociado a la idea de eficiencia paretiana de la asignación de equilibrio es algo que puede considerarse como viniendo de fuera de la economía en cuanto que esa asignación es el resultado de la maximización por parte de un planificador externo de una función de bienestar social bajo las restricciones de recursos. Quinta, como este planificador toma decisiones en base a la misma racionalidad que los agentes internos al sistema económico, diremos que el posible sentido que la idea de eficiencia

(3) El mejor exponente de este paradigma es la monografía ya citada de Debreu (1959) pero el origen es el artículo conjunto de Arrow y Debreu

(1954), que curiosamente ofrece un planteamiento que luego no ha sido continuado. Ver Duffie y Sonnenschein (1989).

podría incorporar no es contradictorio. Sexta, la apelación negativa a la unanimidad convierte a la eficiencia paretiana en una instancia generadora de sentido mucho menos pretenciosa y peligrosa que las ya mencionadas traducciones ideológicas de la unanimidad.

A pesar de esta última precisión, la Economía Moderna revela su filiación cultural en cuanto hablamos de Política Económica. En efecto, el límite de la Economía Moderna, consistente en el estudio sistemático de la correspondencia de Walras, es relevante para la Política Económica. La correspondencia de Walras asocia a cada especificación de la economía (dotaciones, preferencias y tecnologías) el conjunto de asignaciones de equilibrio. Como tomar medidas de política económica consiste precisamente en variar la especificación de la economía, es muy importante saber (gracias sobre todo a Mas-Colell (1985)) (4) que la correspondencia de Walras exhibe ciertas propiedades de regularidad que garantizan que no es estúpido intentar influir en la realidad y que se puede modular los medios para conseguir los objetivos perseguidos. La Teoría de la Política Económica parece ahora transparente: estimemos primero los parámetros que definen la estructura de la economía y calculemos luego los valores que deberán tener las variables de decisión para maximizar, una vez más, una función de bienestar dada. Esta concepción de la política económica se asocia al nombre de Timbergen (5).

Lo que de estas últimas nociones sobre Política Económica importa destacar es que para la Economía Moderna la relación entre conocimiento y poder es precisamente la que caracteriza al mundo moderno y que de *alguna manera*, a pesar del uso negativo de la unanimidad, la Economía Moderna participa de esa variedad de la ideología moderna que se basa en el Gran Ingeniero.

La apoyatura verbal «de alguna manera» no es el resultado de la inercia lingüística. Está conscientemente introducida para indicar que la Economía en sí no coopera en la construcción de una ideología moderna universal sino que es una hija de la misma a la que se

desliza casi sin querer. El economista moderno no es pues un ideólogo. Es la ideología del momento la que le lleva a hablar de Política Económica en términos acordes con la relación entre conocimiento y poder propia de la ideología moderna. El joven alevín de economista sabe que su misión es entender y modificar el mundo. El objetivo último de la investigación es estimar los parámetros que definen la estructura del sistema económico. La división del trabajo puede aconsejar que algunos o muchos hagan trabajo puramente teórico; pero si estos investigadores son modernos se encuentran redimidos en su tarea por las aplicaciones posteriores de su pensamiento.

1.3. El Ocaso de lo Moderno

Sería ingenuo dejar entender que el mundo moderno es tan esquemático como aquí se ha descrito. Continuamente resuenan en sus bajos fondos ecos de lo desconocido que ponen en peligro todo el andamiaje. Estos ecos se han oído siempre; pero durante mucho tiempo fueron entendidos como algo sórdido y perverso que debe ser aislado para que no contamine la cultura moderna ni dificulte su programa escatológico. A pesar de ello esta cultura moderna nunca ha podido sentirse segura del todo. En primer lugar, porque en todo momento y en todo lugar han habido diferentes y conflictivos valores últimos. En segundo lugar, porque ninguno de esos valores supremos que aspiran a convertirla en ideología universal está libre de la continua labor crítica de la propia racionalidad. Cualquiera de las instancias generadoras de sentido —Clase, Raza, Técnica— puede ser arrumbada por ser ininteligible y por exigir, consecuentemente, una petición de principio, una fe, difícil de acatar.

La constatación de la posible falta de sentido anuncia el ocaso del mundo moderno. En la tenue luz de este crepúsculo yo traté en el pasado de establecer para mi uso particular un último reducto de lo moderno basándome en una idea recusiva simple: lo único que dota de sentido a las cosas es su inteligibilidad y lo único que dota de sentido a esta inteligibilidad de las cosas es su inteligibilidad en un plano superior en que aquella inteligibilidad aparece como «cosa».

(4) Consultar también el libro de Balasko (1988).

(5) Ver Timbergen (1956).

Hace unos quince años traté de aplicar esta idea al problema epistemológico basándome precisamente en la concepción moderna de la Política Económica (6). La única manera de saber que sabemos es construir la realidad objetiva en base a nuestro conocimiento de la realidad fenomenológica que la trasluce. No es difícil dejar volar la imaginación y llegar a hablar de la realidad inventada (7). Hace unos diez años traté de retorcer un poco estas mismas ideas para confortarme a mí mismo del mal rato que proporciona el problema del sentido. Este finalmente no lo podía encontrar yo en la realidad inventada, aunque ésta fuera perfectamente conocida, sino en el esfuerzo continuo y siempre idéntico de construir la realidad (8).

Sin embargo, esos intentos de los que un día me sentí satisfecho están inequívocamente teñidos de cultura moderna y pierden con ésta todo su interés. En ellos se admitía sin más la realidad objetiva, se aceptaba acríticamente la separación entre el yo y el mundo y no se dudaba en absoluto acerca del ordenamiento en diferentes planos de la realidad fenomenológica. Por desgracia para mí son precisamente estas características del mundo moderno las que entran en crisis con el advenimiento de una nueva sensibilidad.

2. EL MUNDO POSMODERNO

Hoy hay ya suficientes grietas en el edificio moderno, hemos oído ya demasiadas notas discordantes provenientes de los confines del reino como para empezar a hablar de un cambio importante en la concepción del mundo, del final de la concepción moderna y el principio de algo nuevo.

2.1. La Concepción Posmoderna del Mundo

Basten tres pinceladas para sugerir que algo está cambiando. En ontología el ser ya no es el soporte del acontecer y el nihilismo consecuente nos obliga a reconocer con Vatimo (9), que los

episodios del ser agotan el ser. En Pintura no es sólo que la perspectiva no importe, sino que en un cuadro es quizá la textura lo único relevante. La literatura experimenta y a menudo el narrador queda involucrado en lo narrado.

Estas novedades son manifestaciones del cambio que el fin de la modernidad trae consigo. Lo fundamental de ese cambio es que ya no hay atalaya privilegiada desde la que observar objetivamente el mundo. La separación entre el yo y el mundo ya no es sostenible y esto mina algunas certezas: el éxito de la técnica no está garantizado y no hay razón alguna para que la historia tenga un final feliz.

Este cambio fundamental tiene consecuencias importantes. La *realidad* no está *ahí fuera* (disponible para ser aprehendida y manipulada) en un plano diferente al que yo ocupo como observador y manipulador; estamos ambos en una misma superficie donde todo reposa; librarnos de la necesidad natural, vieja aspiración de lo moderno, puede ser suicida. La *racionalidad* ya no es una mera propiedad del sujeto; ya no puede considerarse en términos de la Teoría de la Decisión pues ahora sé que la naturaleza juega al escondite y a otros juegos estratégicos conmigo justamente porque los otros sujetos, como yo, forman parte de ella y, como yo, no son algo inerte.

Que esta indeterminación de la subjetividad ha de producir una enorme inseguridad, tanto epistemológica como ontológica, queda avalado por los diversos exorcismos que en el plano cultural se manifiestan. La profundidad inexistente intenta ser imitada por el *pliegue* como figura ejemplar de un mundo que ha de ser construido con una superficie única (10). El *trompe l'oeil* trata de construir un simulacro del relieve que ya ha desaparecido.

Sin profundidad y sin relieve no se pueden establecer jerarquías, no se pueden ordenar las cosas de manera significativa. El orden que la mirada moderna establecía en la multiplicidad observada era equivalente a dotarla

(6) Ver Grafe y Urrutia (1983 y 1986).

(7) Ver Watzlawick et. a. (1988).

(8) Ver Urrutia (1983).

(9) Página 95 de Heidegger, *Questions Ouvertes* (1988), Osiris.

(10) Ver Deleuze (1988).

de una unidad de sentido, pero al no haber orden posible la multiplicidad queda al descubierto en toda su obscenidad. El progreso en un mundo posmoderno no puede ya consistir en extender la virtualidad de un principio ordenador o en añadir una rama al árbol de la ciencia porque no hay principio ordenador posible ni hay árbol de la ciencia. La misma figura del árbol es equívoca pues evoca una forma ordenada de complejidad que ya no es sino fruto de un pensamiento desiderativo e incercial: en realidad no hay más que una multiplicidad desordenada de explicaciones, mediciones, conjeturas y experimentos.

La relación entre saber y actuar, entre conocimiento y poder, se deja de percibir con la naturalidad de lo moderno y queda problematizada. Actuar en un mundo posmoderno es una actividad peligrosa. El mundo puede engañarnos y llevarnos donde no queremos, ya que este mundo es un mundo de espías en donde cada uno puede aprovecharse de lo que otro sujeto sabe sobre lo que el primero sabe, etc. Los otros no sólo pasan a ser espejos en los que mirarme, sino unos espejos especiales cada uno de los cuales refleja una identidad distinta y probablemente falsa puesto que lo que con su reflejo persiguen es una determinada reacción por mi parte.

Un mundo así es difícil de aceptar. Prueba de ello son las dramatizaciones de la falta de orden y de centro que hoy surgen por doquier. Por ejemplo, en la televisión surgen seriales de tipo coral con decenas de personajes que no hay que tratar de entender sino de celebrar. Nada expresa mejor esta incomodidad que el desasosiego que Tokio, una ciudad sin centro y sin principio ordenador, le produce a Henry-Levy quien afirma que una ciudad así (emblema del mundo posmoderno) «sólo puede ser conocida por el deambular, la vista, la costumbre y el contacto» (11).

Extraña epistemología. En realidad no es tal sino que la cita revela la demanda urgente de sentido.

(11) Artículo aparecido en algún periódico en el verano de 1989. Esta es toda la precisión de la que soy capaz.

2.2. La Economía Posmoderna

Paralelamente a la exposición del mundo moderno se trata ahora de explorar si la economía que hoy se hace saliéndose del paradigma de Arrow-Debreu revela una sensibilidad posmoderna o si incluso es un campo privilegiado para entender ésta. Comencemos por examinar lo que sería una desviación mínima del paradigma central de la economía moderna: manteniendo la idea de competencia perfecta supongamos con Radner (1971 y 1972) (12), que hoy no están abiertos todos los mercados en una economía de intercambio (eliminamos la producción pues en ausencia de mercados la maximización del beneficio no está bien definida) (13). Esto quiere decir que cada individuo tratará ahora de maximizar su utilidad sujeto a la *secuencia* de restricciones presupuestarias que espera enfrentar dadas sus expectativas sobre precios. La interacción de las acciones en las que se plasman las decisiones de los individuos no parará hasta generar una asignación de recursos y unos precios que constituyen un equilibrio sin ningún exceso de demanda. Si queremos hacer de esta noción algo consistente tendremos que exigir además que el equilibrio exhiba expectativas racionales en el sentido de que los precios de equilibrio coinciden con los esperados.

Aparentemente no hay grandes diferencias con el paradigma de Arrow-Debreu, pero hay que examinar con más cuidado a) la noción de racionalidad y la posible separación entre inteligibilidad y sentido, b) la multiplicidad esencial de equilibrios en expectativas racionales con su problema asociado de «manchas solares» y c) la problematización de la Política Económica.

a) Miremos al equilibrio en expectativas racionales. Es claro que la existencia de equilibrio hace *inteligible* el funcionamiento de una economía lo mismo que en el paradigma de Arrow-Debreu. En paralelo nos

(12) Es justo atribuir a Radner la paternidad de la idea de estructuras incompletas de mercados; pero sería injusto el no citar a Hart (1975) como el autor de la versión más conocida de la idea o a Hahn (1971) como otro precursor importante.

(13) Ver Grossman y Hart (1979).

preguntamos si el hecho de que la asignación correspondiente sea un Óptimo Social de Nash (noción debida a Grossmann (1977)) pudiera dotar de *sentido* a esa economía (con independencia de la eficiencia tecnológica que aquí no nos interesa pues hemos eliminado de nuestra consideración el sector productivo). Este posible sentido podría venir de fuera en cuanto que un Óptimo Social de Nash es el equilibrio de Nash de un juego jugado entre tantos planificadores como instancias de apertura de nuevos mercados haya. Este juego entre planificadores remeda la toma de decisión de cada sujeto en la medida en que la racionalidad de las expectativas pueda ser interpretada como el equilibrio de Nash de un juego entre los agentes económicos, lo que no tiene por qué ser el caso. Por lo tanto, no podemos afirmar que el posible sentido que la idea de optimalidad social de Nash incorpora no sea contradictorio encontrando así el primer síntoma, casi imperceptible, de sinsentido. Este empieza ya a ser más serio en cuanto nos percatamos con Stiglitz (1982) que la asignación del equilibrio es genéricamente ineficiente y que por lo tanto hay posibilidades de mejorar a todos que son desaprovechadas sistemáticamente por el sistema económico. En estas circunstancias parece natural expresar el contenido de este párrafo diciendo que *lo que ocurre en la economía se entiende pero apenas tiene sentido*.

Antes de pasar al siguiente tema remachemos que la racionalidad que postulamos de cada agente ya no puede verse como parte de la Teoría de la Decisión pues envuelve el «decidir» qué expectativas tener, lo que depende de lo que «decidan» los demás agentes de forma que «decidir» debe entenderse aquí como seleccionar una estrategia en un juego.

b) La idea de expectativas racionales, entendidas éstas como coincidentes con las realizaciones, nos encenaga en el problema de la multiplicidad. A través de las expectativas el futuro influye en el presente. Como no hay nada que limite lo que puede ocurrir en el futuro, resulta que en el presente puede ocurrir cualquier cosa. Hay una multiplicidad esencial de equilibrios. Dada la falta de sentido que hemos atribuido a cualquier equilibrio no hay manera de privilegiar uno sobre los otros.

Esta multiplicidad introduce una destrucción adicional del sentido en cuanto que lo que ocurre ni siquiera tiene nada de necesario: podría ocurrir cualquier otra cosa. Este problema es realmente corrosivo pues nos lleva directamente a la posibilidad detectada hace unos años por Azariadis (1981) de que, por ejemplo, un equilibrio de una economía totalmente determinística sea estocástico por el mero hecho de que los agentes creen que lo es. Este problema de las «manchas solares» no dice simplemente que el problema de la multiplicidad se haya hecho más severo, sino algo más brutal: *no hay realidad objetiva subyacente distinta de la fenomenológica*.

Esta problematización de la mismísima idea de realidad muestra en todo su esplendor la inexistencia de distintos planos jerarquizadores poniendo de manifiesto que todo está en la misma superficie, idea ésta básica en la posmodernidad y que encuentra una corroboración llamativa en algunas ideas que rodean a la matemática del caos. Por ejemplo, Saari (1986) muestra que, bajo ciertas condiciones, las realizaciones de cualquier proceso estocástico (por ejemplo, el de equilibrio en «manchas solares») pueden ser replicadas por una única ecuación diferencial. En términos topológicos Smale (1967) nos enseñó cómo, mediante torsiones y dobleces de la única superficie existente y sin ninguna ruptura, dos puntos cercanos cualesquiera pueden acabar arbitrariamente lejanos excepto dentro del llamado «non wandering set».

Estas ideas tienen su traducción en el plano cultural. En términos posmodernos diríamos que un *pliegue* siempre puede ser lo suficientemente complejo como para remedar cualquier *relieve*. Cualquier locura puede ser un equilibrio. Todo es explicable pero nada tiene sentido. Foucault en una frase de resonancias obvias para un economista lo dijo hace tiempo: «La Historia no tiene *sentido*. Esto no quiere decir que sea absurda o incoherente. Al *contrario* es *inteligible* y se ha de poder analizar en sus más pequeños detalles pero según la inteligibilidad de las luchas, las estrategias y las tácticas» (14). Antes

(14) Citado por Ramoneda (1989), p. 122.

de examinar las consecuencias de esta definitiva falta de sentido miraremos a la Política Económica para contrastarla con la de la época moderna.

c) La concepción actual de la Política Económica es también inequívocamente pos-moderna. No sólo la idea de las expectativas racionales hace difícil, tal como mostró Lucas (1976), evaluar los posibles efectos de las medidas de Política Económica que se pretenden introducir (con lo que igual merecía la pena no introducirlas) sino que además como no es cierto que el sector privado del sistema económico esté *ahí fuera* dispuesto a dejarse manipular por las autoridades económicas, éstas no pueden creerse capaces de llevar a la práctica una medida pues saben que están en una situación de juego con el sector privado (15). Mientras no exista la capacidad técnica de fijar compromisos, el sector público no puede explotar su presunto liderazgo y ha de concentrarse en medidas creíbles que en general no tienen por qué ser óptimas. Quizá el único papel que queda al sector público es el de focalizar alguna solución de las múltiples posibles; pero debe quedar claro que no puede transformar o construir la realidad. *El desideration es total. No sólo nada tiene sentido ahí fuera sino que además no podemos crear una realidad en donde lo haya.*

2.3. El Economista ante la Pérdida de Sentido

Así como el economista moderno era un hijo de su tiempo, el economista posmoderno debe ser considerado como un intelectual que coopera activamente a la disolución de lo que creíamos daba sentido a las cosas. De ahí que entre las reacciones que observamos ante la falta de sentido tengan especial interés las de los economistas.

Para empezar tomemos a los que ante la evidencia decidieron no tratar de construir un sentido, sino concentrarse en

vivir la multiplicidad. Estas gentes están de fiesta, quizá la única manera de captar la complejidad como ya decía Henry-Levy. Celebran lo único celebrable: el prestigio de la necesidad o lo que es lo mismo la entronización de la Técnica. La ideología sostenida por este valor supremo es ya según muchos la única ideología universal que pervive; pero, en cualquier caso, no puede ocultar su vaciedad. Todo lo posible tiene sentido y sólo tiene sentido lo posible. No hay pues aquí valor superior alguno que dote de sentido a las cosas y esta pretendida última ideología universal muestra palmariamente su naturaleza ideológica.

Entre estos festeros hay dos variedades interesantes de economista. Están, en primer lugar, esos tecnócratas ingenuos expertos en aritmética económica, que han oído hablar de un cuadro macroeconómico. Estos ínfimos representantes de la ciencia lúgubre disfrutan con que no haya alternativas a lo que ellos ven como único curso de acción posible. Viven como si el prestigio de la necesidad a ellos les prestigiara y, curiosamente, la sociedad no mata al mensajero sino que lo ensalza.

En segundo orden, topamos con una segunda variedad de economista celebrador del desorden: el investigador establecido. Nunca floreció la investigación en economía como en los últimos años. El número de revistas de calidad abiertas a publicación se ha doblado fácilmente, las reuniones científicas proliferan y la profesión crece en tamaño y respetabilidad. La investigación en economía se ha complejificado no sólo en el sentido de , hacerse más técnica, sino en un sentido más profundo que refleja el desorden del mundo posmoderno: la justificación dé un trabajo de investigación no hay que buscarla en ningún otro sitio que no sea un trabajo anterior. El control de los pares se ejerce; pero cuando no hay un único horizonte compartido ese control, con independencia de otras virtudes, pasa a ser una forma de estructurar la complejidad en capillas donde ejercer escuálidos simulacros del poder.

Dejemos a un lado a los que arrojaron la toalla y pasemos a considerar a aquellos que se encuentran perplejos

(15) Esta literatura reciente es ya muy amplia; pero como precedente cabe citar a Kydland y Prescott (1977) y a Barro y Gordon (1983).

ante el dilema ineludible, muy nietzschiano, de que no hay sentido y, sin embargo, el sentido es necesario para la vida. Estos son los que no se contentan con festejar la multiplicidad y se ven obligados a tratar de crear sentido. El problema interesante para los economistas es si desde esta posición se puede dar un nuevo sentido a la tecnocracia y a la investigación. A él me dedicaré en lo que sigue pero mi verbo se hará, sin duda, más dubitativo a partir de ahora pues aquí no hay ya literatura económica que sirva de apoyatura a mi reflexión.

3. ALTERNATIVAS PARA LA CREACIÓN DE SENTIDO

El economista tecnócrata y el investigador establecido se encuentran a gusto en la fiesta posmoderna. Quien acusa la falta de sentido, quien encarna la necesidad para la vida de la ideología imposible, es ese otro economista que, quizá disfrazado de tecnócrata o investigador y suponiendo que exista, se encuentra perplejo ante la diversidad cancerosa imposible de ordenar. Los primeros vuelven la cabeza cuando se les menciona la falta de sentido, el segundo se afana en construir el sentido que no se puede encontrar. Siguiendo un entramado de ideas que está en el aire voy a tratar de exponer las diversas formas en las que se puede reaccionar a la falta de sentido. Mi interés está sobre todo en entender el quehacer de algunos economistas y en vislumbrar lo que los economistas podrían quizá aportar a la creación de sentido.

3.1. Formas degradadas de la Posmodernidad

El nihilismo radical es paradójicamente lo único que puede otorgar cierto espesor a los tiempos actuales; pero si no queremos encararlo, si optamos por olvidarnos de él, caeremos en alguna de las formas culturales degradadas con las que a veces se identifica la posmodernidad magníficamente descritas por Ramoneda (1989).

La pornografía y la plutocracia son dramatizaciones evidentes de la falta de

relieve, profundidad o perspectiva de la cultura posmoderna. Aunque el cuerpo humano o las relaciones interpersonales parecieron antaño poseer sus recovecos recónditos generadores de sentido, hemos descubierto ya que no se trata de «topos» privilegiados sino de pliegues de una única piel o de un único billete de banco que simulan una hondura inexistente. Ya es imposible jugar a sentirse vivo mediante la conquista de la intimidad o el poder pues estos antiguos ídolos han revelado sobradamente su mentira. Ya sólo queda la revelación ritual y desesperada de la ausencia de sentido mostrando sin cesar que la intimidad es un *trompe l'oeil* que el poder es sólo dinero.

Estos rituales son como las conversaciones obsesivas de una novia abandonada que sólo encuentra consuelo y un poco de sentido que redima su dolor en la repetición incesante de la historia de sus despechos. Hasta que un día, harta ya de falsos consuelos que no sirven para nada, vuelve a lo que daba sentido a las cosas antes del mundo moderno, a un ser personal externo al mundo, y entrega su destino en manos del Único otorgador de sentido. Si la pornografía y la plutocracia eran formas desesperadas de banalidad, la aparición de fundamentalismos varios constituye una muestra de falsa e indigna esperanza.

La clasificación grosera de los economistas que he realizado al final de la parte anterior cobra ahora, a la luz de las degradaciones del nihilismo, su sentido cultural. El economista tecnócrata que pone su conocimiento de la aritmética al servicio de una burocracia roma es ciertamente como el pornógrafo en cuanto que, al igual que éste teme reconocer que quiere algo más que piel, intenta aquel ocultarse que buscaba algo más que equilibrios macroeconómicos. El investigador establecido recuerda a veces al plutócrata. Ha perdido éste el sentido de las relaciones humanas y se afana en conseguir más dinero desde el dinero para no recordar que lo que quiso un día fue el poder como energía socializadora. Ha perdido aquel el sentido del conocimiento y se afana en conseguir más curriculum desde el curriculum para no pensar que un día quiso saber y no cualquier cosa.

Mi compulsión autocrítica no están incontrolable como para tratar de descubrir fundamentalismos entre los economistas de los que yo hablo. No solamente no los hay; sino que incluso el tecnócrata y el investigador establecido dejan traslucir la potencia de la ciencia económica como posible fuerza generadora de sentido. Para convencernos de esto último trataré de discutir ahora las posibles estrategias para la construcción del sentido.

3.2. Estrategias para la Construcción del Sentido

Si en lugar de soslayarlas admitimos las consecuencias el nihilismo radical, encaramos con firmeza la falta de sentido y decidimos no ahorrar energía, acabaremos aceptando el reto brutal de crear el sentido. Este reto consiste en crear ex novo unos valores que sostengan una ideología que funcione como colchón amortiguador del dolor que produce la vaciedad de la experiencia.

En esta sección trataré de ilustrar y comparar dos posibles estrategias para dar sentido a las cosas, las dos únicas que hoy se discuten. Trataré, asimismo, de hacer ver que no son tan alternativas como parece y que, en cualquier caso, no son tan radicalmente posmodernas como cabría esperar. Más tarde, en la siguiente sección, expondré la única forma verdaderamente posmoderna de generar sentido que se me ocurre.

Creo que era Dostoyevsky quien decía que en ausencia de Dios *todo* era posible. Este grito expresa bien ese desaforado deseo romántico de dotar de sentido a todo que subyace a una primera estrategia creativa. En las postrimerías del mundo moderno, en el breve momento en el que se vislumbra la posible naturaleza inventada o construida de la realidad, esta primera estrategia creativa tomó la forma de la *imposición* de un sentido —fuera éste uno u otro de los conocidos—. Nada de esto es ya posible aunque algunos rastros de su tufillo quedan por debajo de los despotismos ilustrados, prepotencias o autoritarismos de quienes se creen los intérpretes de la necesidad histórica. El ropaje que

hoy reviste esta estrategia romántica de bautizo del mundo es algo más sutil. Puesto que el sentido sólo puede venir de fuera («sólo un Dios puede salvarnos» citaba Heidegger a Hölderlin), el único sentido posible en el mundo es estar atento a los ecos de lo hermético y en perfecto coqueteo con el ser ajustamos lo más posible a la tensión entre el deseo y el poder. El sentido de la vida es pues vivir auténticamente, como el emboscado de Junger, esa encrucijada en la que el sentimiento dominante es la melancolía que da fe de lo que no tenemos.

En ausencia de Dios *nada* es posible decía Sartre al tiempo que fabricada así esa etiqueta del existencialismo, de éxito en el reciente pasado, que intentaba sugerir el desvalimiento y el sinsentido del hombre arrojado a este mundo. Una segunda estrategia creativa de sentido proviene precisamente de una corrección tangencial al existencialismo sartriano. El hombre de hecho no está tan desvalido y con cierta vaga y tonta alegría parece decidido a hacer de la necesidad virtud y a pensar que aunque Dios (y cualquier sustituto barato) haya muerto *algo* se puede hacer. Lo único imposible es hacerlo *todo* pero, piensa este hombre pragmático: ¡«por un pequeño déficit ontológico no vamos a amuermarnos»! El sentido de la vida consistirá pues en aceptar los límites, dejarse de melancolías y dar gracias de que al menos evitamos lo peor.

Estas dos estrategias sacramentales, que algunos llamarían romántica o neoconservadora y racional o democrática respectivamente, parecerían en cierta medida competitivas. ¿Cómo elegir entre la melancolía que la utopía imposible inculca y la alegría tonta del desastre evitado? Es aquí donde el pensamiento económico puede mostrar parte de su potencia.

El pensamiento económico proporciona, en primer lugar, una forma original de mirar a la elección entre las dos estrategias aquí consideradas. Aunque los arreglos simples (aceptación de los límites) no son los óptimos en ninguna circunstancia, cuando los entornos son muy cambiantes quizá sean, sin embargo, los arreglos *más ponibles* (en el

sentido que esta palabra adquiere referida a prendas de vestir) y los *menos frágiles* (es decir, con menor coste de reparación). Seguramente (o en el mejor de los casos) el coqueteo con el ser podría proporcionarnos el mejor arreglo en cada circunstancia, pero este conjunto de arreglos constituye un guardarropa que, aunque de firma, es muy poco práctico.

En segundo lugar, el pensamiento económico ha generado un producto central, el sistema de mercado, que ilustra a la perfección esta estrategia ponible y resistente para construir el sentido. Al fin y al cabo es un mecanismo que funciona y, de hecho, es difícil encontrar condiciones bajo las cuales estemos seguros que funciona peor que sus alternativas. No es el momento de recordar, ni siquiera de pasada, los principales argumentos a favor o en contra del mercado; sino más bien de sugerir una explicación de por qué parece imponerse en todo el mundo con una fuerza a la que no resisten otras instituciones basadas en otras formas de dotación de sentido más ambiciosas. Quizá la clave de este éxito tan brutal esté precisamente en la aceptación prudente de los límites. El mercado es, en la realidad, la gran maquinaria del «second best»: no nos va a llevar al «first best»; pero quizá evite ese «third best» al que nos podrían llevar otras estrategias que intentan poner en práctica el «first best».

Aunque la idea del sistema de mercado sea una estrategia otorgadora de sentido más exitosa, no parece cierto que pueda prescindir de toques de la estrategia romántica, ni que no encuentra resistencias en su tarea sacramental. Esto se pone de manifiesto en cuanto intentamos utilizar la idea de mercado para redimir a los investigadores económicos que antes he ridiculizado. En efecto éste es el momento de volver a la figura del investigador establecido y preguntarse si no habré sido demasiado injusto calificándole de plutócrata y acusándole de negarse a mirar al problema del sentido a la cara. En cierta medida podríamos decir que quizá no sea ése su carácter; sino más bien que esa actitud de negociante igual nos preserva de caer en situaciones absurdas a las que nos podría llevar otras formas

más románticas de entender la investigación.

Esta idea, magníficamente expresada por Stigler (1988) en sus memorias, merece un poco de atención. Resumiendo su argumento diríamos que, de facto, el proceso investigador es decepcionante poco romántico y que se parece mucho a un proceso de mercado en el que los investigadores siguiendo las señales de los precios entran y trabajan en un campo u otro, según, claro está, se demande más o menos ese producto. La investigación que observamos, las formas degradadas de sentido que los investigadores establecidos pueden llegar a incorporar, quizá sean una manera de satisfacer las preferencias de la sociedad y en ese sentido deberíamos respetarlas como un «second best» que nos protege de posibles y espantosos mundos en que la investigación fuera un poco más dirigida o más románticamente vocacional.

Sin embargo, las formas no financieras que los precios suelen revestir en estos mercados quizá muestren que hay algo más que un oficio con el que alimentar a los hijos y creerse a veces un poco importante. Sí uno está dispuesto a admitir medios físicos en lugar de dinero como premio a sus éxitos investigadores debe querer decir que hay algo más. Incluso gente como Stigler dejan traslucir inconscientemente su deseo de que haya algo más. A pesar de que pretende diluir el romanticismo de la investigación menciona a veces al investigador como *guerrero*, una figura retórica que nada tiene que ver con el tono que subyace a la defensa del mercado como mal menor. Por otro lado, muestra su simpatía hacia sugerencias de su maestro Knight afirmando que quizás un abandono de los enredos cotidianos con la política económica dotaría al investigador de mayor *autoridad*, otra figura retórica que rechina en su discurso. Finalmente, nos pone en guardia contra la fina división del trabajo que debe existir para que podamos hablar de un mercado investigador. Puede llegar a ser excesiva y atontadora, trayendo consigo, como temía A. Smith, el debilitamiento del espíritu marcial, tercera figura retórica que más bien hace referencia al espíritu de

lucha que Heidegger menciona como forma deponerse *en juego*.

Estas tres figuras retóricas de raigambre romántica muestran no sólo que no he sido del todo injusto en mi crítica de la versión posmoderna de la investigación; sino principalmente que no es fácil optar de manera nítida por una estrategia racional sin toques de romanticismo.

3.3. Las Cosas y su Sentido: la Cartografía

Si el problema era dar sentido a las cosas, las dos estrategias anteriores, por muy prestigiosas que sean, hoy yerran el tiro, no son cabalmente posmodernas, pues al intentar dar sentido a la vida reducen el problema del sentido al sentido del hombre cuando en realidad éste es sólo una de las cosas que habita la única superficie existente. Es difícil desprenderse definitivamente de la sensibilidad moderna.

Sin embargo, ante la multiplicidad irreducible a orden alguno que la mirada posmoderna ha puesto de manifiesto no cabe, como operación generadora de sentido, más que la afirmación de la propia multiplicidad dramatizándola en un simulacro elemental: la elaboración de *mapas de los territorios sin sentido*. Deleuze y Guattari (1988) son los primeros que han intentado hablar propiamente de una multiplicidad no reducible a la figura de árbol y planteado el mapa como la correspondiente forma de sentido. Sin embargo, la idea surgió en mí con independencia y anterioridad, cuando mi amigo Vicente Urnieta me dejó echar un vistazo a un manuscrito no publicado en el que trataba de dar cuenta de sus andanzas y que él tituló *Memorias de un Cartógrafo*. La forma más elemental de dotar de sentido a una diversidad y la menos autoritaria, es, en efecto, dibujar su mapa. La cartografía, como código elemental, constituye el *dispensario del sentido*.

Esta forma de concebir y expresar esta solución mínima al problema de construir

el sentido tiene dos propiedades que la hacen radicalmente posmoderna y yo creo que atractiva. Primera, en cada mapa se puede siempre, ad infinitum, ampliar y detallar cualquiera de sus partes y ello de la misma forma y con el mismo código mínimo con el que se elaboró el mapa del que dicho detalle forma parte. Cualquier sofisticación no es sino combinación de una misma simpleza y cada simpleza es tan sofisticada como la más elaborada de sus combinaciones. Segunda, siempre habrá mapas que hacer. La labor del cartógrafo nunca se culmina ya que por cada dato que recibe tiene que modificar el mapa construyendo uno nuevo que dé sentido al dato recibido dentro del código cartográfico: un nuevo cabo puede hacer del antiguo un insignificante accidente de la bahía que el nuevo cabo sólo ahora delimita.

No parece fácil utilizar esta especie de embrión de idea para construir con ella una ideología radicalmente posmoderna y, en cualquier caso, no soy la persona adecuada para hacerlo. No caben ya, pues, más que algunos comentarios finales.

4. COMENTARIOS FINALES

La naturaleza de estas reflexiones no admite conclusiones; pero sí algunos comentarios que sirvan como toma de postura frente a las preocupaciones expresadas en la introducción por boca de Aranguren y como cierre del argumento que hasta ahora he elaborado.

Aunque admitamos que hay una Economía que podríamos llamar posmoderna con unas características bien definidas, ni su existencia ni sus características admitirían la calificación del economista como el ideólogo del momento. Es cierto que el economista es un intelectual creador de formas simbólicas con virtualidad cultural; pero sería exagerado, y no acorde con lo que está pasando en la economía académica, el afirmar que esas formas simbólicas pueden llegar a constituir una concepción del mundo ampliamente compartida

y con implicaciones de conducta favorables al poder.

La utilización de la aritmética macroeconómica por parte de la tecnocracia como soporte de la necesidad no proviene de la economía, moderna ni posmoderna, sino del encandilamiento beato con la técnica. No es el económico el lenguaje del poder aunque a veces los sustantivos utilizados parezcan tener ese origen sino que el lenguaje del poder está transido por la imagen de la técnica como proceso transparente y sin sorpresas que entroniza lo necesario como máxima expresión de lo deseable. El lenguaje económico que hoy se podría abstraer de lo que he llamado Economía Posmoderna no es reducible a algo tan simple como la aritmética ni tan transparente como la técnica. Es, de hecho, el lenguaje de la complejidad, la manifestación palmaria de lo que significa la multiplicidad y la falta de orden: algo siniestro desde la insaciabilidad del poder.

Difícilmente podríamos hablar pues del casorio del economista con el poder. Para empezar las fórmulas simbólicas elaboradas por el economista académico rara vez se traducen en pautas de conducta y cuando pensamos hacia donde podrían apuntar en ese sentido topamos más bien con la morigeración y con el cuidado con el que hay que tratar a equilibrios delicados que podrían convertirse en algo muy distinto si se trata de controlar la realidad con la torpeza típica del manipulador moderno. Pero es que además la misma idea del poder debe ser revisada ya que difícilmente pensará un economista posmoderno, versado en esos problemas de credibilidad y de incapacidad de compromiso que ya he comentado, que hay algo o alguien que estando por encima del resto de la realidad y de los demás vaya a controlarlos o a dirigir su desarrollo. Eso no sería sino un remanente de ideología moderna. No hay planos diferentes y las redes en que se plasman las relaciones sociales no exhiben nudos privilegiados.

Es, sin embargo, este carácter extremadamente nihilista del lenguaje económico posmoderno el que explica algunos de los tics de la comunidad científica, o de sus capillas, que

se me aparecen como justamente reveladores del momento crucial en que nos encontramos. A veces, y cada uno dentro de su capilla profesional, el investigador trata de ejercer el poder como si esto fuera posible o quizás para olvidarse de que es imposible. A veces parecería que simplemente hay un deseo de pertenecer a algo y que ese algo sea una subcomunidad científica o un círculo cabalístico parecería irrelevante. Otras veces no hay sino el ejercicio cínico de un oficio que permite mantener a una familia y quizás viajar y conocer gente.

El momento es crucial pues ante la falta de sentido o nos refugiamos en tics como los mencionados o nos ponemos a construirlo. Creo que las ideas aquí expuestas y su tono dan fe de mi deseo de admitir que como economistas académicos somos intelectuales que pueden colaborar a dotar de sentido a lo que sabemos que no lo tiene. El trabajo a realizar es pues serio y con su descripción puedo cerrar el largo rodeo de estas reflexiones.

En primer lugar, hay que criticar la entronización del mercado como única forma de sentido y las ideas asociadas sobre el fin de la historia. En este sentido, hay que hacer ver, tal como he sugerido, que no parece fácil librarse de adherencias más románticas, que hay en la idea de mercado como forma en la que se plasma una alternativa racional de generación de sentido unos remanentes modernos difíciles de aceptar acriticamente por un economista posmoderno y que quizá hoy no queda sino confeccionar un mapa de los usos de diversas instituciones en el tiempo y en el espacio.

En segundo lugar, quizás quepa desgranar las consecuencias que la cartografía como dispensario del sentido tiene para cosas que interesan en una facultad de económicas como son la formación de economistas, la incentivación de investigadores o la pervivencia del espíritu crítico.

Hoy, que están en discusión los planes de estudio, me gustaría romper una lanza en favor de volver a incluir en ellos unos granitos e filosofía (16).

No se trata sólo de nociones de metodología o filosofía de la ciencia sino de esa tarea humana que no cesa en su búsqueda de sentido genuino rechazando las imitaciones.

Hoy que parece que se empieza a tomar en serio la incentivación de la investigación me gustaría que tuviéramos la valentía de mirarla como algo más que un mercado cualquiera y que no tembláramos al discriminar, según orientaciones y calidades, en base al mapa que nos hagamos en la ciencia de que se trata. Por exagerar yo diría que no debe valorarse ningún trabajo que sólo se ubique en relación a otro sino que hay que exigirle que se ubique con relación al mapa total. Quizá de esta manera el investigador sea capaz de conservar algo de esa *autoridad* que Stigler implícitamente echa de menos en la trivialización de la Ciencia.

Todas estas novedades que favorezco sólo tienen sentido en la Universidad y no en cualquiera. La Cartografía y la búsqueda de sentido son imposibles, por falta de perspectiva y buenas compañías en centros de investigación pequeños y demasiado especializados. También resultan intempestivas en una Universidad aterida de funcionalismo en la que sólo se justifica el conocimiento de lo que sirve inmediatamente. Esta concepción de la Universidad acaba imponiendo una total división del trabajo que justifica la parcelación en diminutas unidades de investigación y ya sabemos con A. Smith que un exceso de división del trabajo puede producir enervamiento del espíritu de lucha que se necesita para tratar de construir el sentido en medio de una sociedad que consciente o inconsciente o no reconoce su falta o está dedicada a celebrarla.

Déjenme, para terminar, poner un toque de romanticismo en la defensa del espíritu crítico que se deduce de la actividad cartográfica. Aunque hacer mapas pueda parecer tarea fácil y poco comprometido discutirlos, tiene sus peligros pues puede enfrentarnos con muchos que se creen poderosos. Esto se comprende puesto

que, si un mapa constituye una especie de mínimo sentido, negar que ese mapa sea el correcto constituye la máxima expresión crítica. Sin embargo, no hay mejor prueba de los peligros que puede correr un cartógrafo que una crónica de viaje que me legó mi ya citado amigo Vicente Urnieta:

«En el museo de Djibouti (que más que museo es un antiguo acuartelamiento destinado a la imposible tarea de retener la memoria de un pueblo nómada y guerrero) puede contemplarse, en una sala de privilegio, y en el centro de una mesa baja con ribetes de marquetería, un finísimo amanecer sobre las cambiantes arenas de un desierto que ocupa una extensión de unos 4X3 metros. Si uno se acerca más allá de lo que permitirían las vallas metálicas que circundan la mesa baja en un intento innecesario de mantener alejados a los escasísimos visitantes, uno percibe sorprendido que se trata de un inmenso puzzle construido con diminutas piezas de jaspe y que lo que de lejos simulaba un animal tumbado no es sino el color oscuro de la mesa-soporte que aflora por donde falta una pieza.»

«Nadie sabe quién fabricó lo que hoy aparece al visitante como inacabado puzzle; pero cuenta la leyenda que en su reconstrucción minuciosa y paciente trabajo durante años X para distraerse, en la ciudad que acaba de fundar, de su nostalgia de los espacios abiertos que la edad y las heridas le habían obligado a abandonar. Una mañana extraordinariamente clara de invierno, X acudió a la jaima que en el patio principal de la casa-cuartel albergaba al puzzle casi terminado con la intención de colocar las pocas últimas piezas que casi por placer se había negado a encajar la noche anterior. Poco tiempo le bastó para irse ubicando en los espacios vacíos hasta que la sangre dejó por un instante de correr en sus venas al constatar que ese espacio vacío con extraordinario parecido a un dromedario dormido no podría ser ocupado por la última pieza que mantenía entre sus dedos y que poseía una puntiaguda e inequívoca forma triangular.»

«La leyenda termina describiendo con detalle la ejecución sumaria, con todos los honores que las refinadas costumbres nómadas reservan a los mejores enemigos, de un pequeño triángulo irisado de jaspe.»

«Puedo asegurar—termina Vicente Urnieta—que un estremecimiento me recorrió el espinazo al imaginar ese instante terrible en el que X tuvo

(16) Sin duda, el lector universitario advertirá que la lanza fue rota para nada.

evidencia instantánea y simultánea de que su solución al puzzle era de una belleza eterna y que, sin embargo, no era la solución al puzzle. Existía al menos otra forma de encajar las

numerosísimas piezas y la belleza de esa otra forma quizá hiciera palidecer lo que se la había aparecido la noche anterior como bellísima e inmejorable descripción plástica de su tierra.»

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ARROW, K. y DEBREU, G. (1954): «Existence of an Equilibrium for a Competitive Economy», *Econometrica* 22, pp. 265-90.
- AZARIADIS, C. (1981): «Self-Fulfilling Prophecies», *Journal of Economic Theory*, 25, pp. 380-396.
- BALASKO, Y. (1988): *Fondements de la Théorie de l'Equilibre General*, Economica.
- BARRO, R. y GORDON, D. (1983): «Rules, Discretion and Reputation in a Model of Monetary Policy», *Journal of Monetary Economics*.
- DELEUZE, G. (1988): «Le Pli». Editions de Minuit.
- DELEUZE, G. y GUATTARI, F. (1988): «Mil Mesetas Capitalismo y Esquizofrenia». Pre-textos.
- DEBREU, G. (1959): «Theory of Value», Yale U. Press.
- DUFFIE, D. y SONNENSCHN, H. (1989): «Arrow and General Equilibrium Theory», *Journal of Economic Literature* XXVII, pp. 565-598.
- GRAFE, F. y URRUTIA, J. (1983): «Metaeconomia», Desclee de Brouwer.
- GRAFE, F. y URRUTIA, J. (1986): «La Metodología del Punto fijo», *Theoria*.
- GROSSMAN, S.J. (1977): «A Characterization of the Optimality of Equilibrium in Incomplete Markets», *Journal of Economic Theory*, 15, pp. 1-15.
- GROSSMAN, S.J. y HART, O.D. (1979): «A Theory of Competitive Equilibrium in Stock Market Economías», *Econometrica*, 47, pp. 293-330.
- HAHN, F. (1971): «Equilibrium with Transaction Costs», *Econometrica*.
- HART, O.D. (1975): «On the Optimality of Equilibrium when Market Structure is Incomplete», *Journal of Economic Theory*, 11, pp. 418-443.
- KOOPMANS, T.C. (1957): *Three Essays on the State of Economic Science*, Mac Graw Hill.
- KYDLAND, F. y PRESCOTT, F. (1977): «Rules Rather than Discretion: The Inconsistency of Optimal Plans», *Journal of Political Economy*, 75.
- LUCAS, R. (1976): «Econometric Policy Evaluation: A Critique», en Brunner y Meltzer (eds.) *The Phillips Curve and Labor Markets*.
- MAS-COLELL, A. (1985): «The Theory of General Economic Equilibrium A differentiable approach», Cambridge University Press.
- RADNER, R. (1971): «Competitive Equilibrium under Uncertainty», *Econometrica*, pp. 31-58.
- RADNER, R. (1972): «Existence of Equilibrium of Plans, Prices, and Price Expectations, in a Sequence of Markets», *Econometrica* 40 (2), pp. 289-303.
- RAMONEDA, J. (1989): *Apología del Presente. Ensayos de fin de Siglo*, Península.
- SAARI, D.G. (1986): «Dynamical Systems and Mathematical Economics», en H. Sonnenschein (editor): *Models of Economics Dynamics, Proceedings of a Workshop at the IMA, University of Minnesota, October. 24-28, 1983*. Springer Verlag.
- SMALÉ, S. (1967): «Differentiable Dynamical Systems» en *Bulletin of the American Mathematical Society*, pp. 747-817.
- STIGLER, G.J. (1988): *Memoirs of an Unregulated Economist*, Basic Books.
- STIGLITZ, J.E. (1982): «The Inefficiency of the Stock Market Equilibrium», *Review of Economic Studies*, XLIX, pp. 241-261.
- TIMBERGEN, I. (1956): *Economic Policy: Principles and Design*, North-Holland.
- URRUTIA, J. (1983): *Economía Neoclásica*, Pirámide.
- VATIMO, G. (1988): «Nietzsche intérprete de Heidegger» en Heidegger, *Questions Ouverts*, College International de Philosophie, Osiris.
- WATZLAWIC, P. et al. (1988): *La Realidad Inventada*, Gedisa.